

Discurso de Orden. Día del Médico

Dr. Itic Zighelboim

He aceptado, con sorpresa y profunda emoción, la generosidad de los integrantes de la Sociedad de Médicos y el Comité Organizador del Día del Médico 1997, que han hecho recaer en mi modesta persona la responsabilidad de pronunciar el monólogo protocolar de este día, como el honor de ser el vocero de mis congéneres y de todo el cuerpo médico de esta Institución, que han demostrado dignidad, vocación de servicio y profundo sentido de la justicia, durante los bochornosos y dolorosos sucesos que nos ha tocado vivir hace poco tiempo y que han movido y que han conmovido a todos los que aquí nos formamos y trabajamos, al igual que a las instituciones gremiales, científicas y académicas de todo el país.

Anhelamos sinceramente que los directivos actuales de la Maternidad, tengan éxito en su empeño de devolverle el merecido prestigio nacional e internacional que tenía hasta hace pocos años.

Lo antes señalado explica mi presencia en este podio, tan especial para mí, porque desde aquí recibí docencia durante mi formación de pre y posgrado, desde este lugar he dado a conocer la mayoría de mis modestas investigaciones, y a su vez, me corresponde actualmente transmitir las enseñanzas de Clínica Obstétrica a los alumnos del 5º año de la Escuela Luis Razetti y a los cursantes del Posgrado Universitario de Obstetricia y Ginecología de la "Concepción Palacios".

Hoy, a 211 años del nacimiento del Sabio, que con justicia reposa en el Altar de la Patria, al lado de El Libertador y los excelsos héroes militares y civiles de la Independencia, los reformadores de nuestra vida republicana, los grandes estadistas, poetas y médicos, que han realizado sobresalientes servicios

a la Nación, es una grave responsabilidad para mí ocupar este sitio para hablar de Vargas, que es más vigente cada día, no sólo por sus enormes aportes a la ciencia, al civismo, a la educación, a la medicina, a la botánica y a la Universidad, sino por sus grandes e incuestionables dotes de moral, ética, justicia y fe, no sólo religiosa, sino en la superación y el progreso de Venezuela, a la que amó entrañablemente.

Hacer una reseña biográfica de José María Vargas, o José Vargas, como se firmaba y suponemos gustaba llamarse, es tarea que escapa a mis escasas virtudes y al tiempo que dispongo. Esta empresa ha sido realizada con acierto por numerosas personalidades, conocedores profundos de la historia venezolana y de la vida y obra de Vargas, cuyas "Obras completas" le han tomado 6 volúmenes a Blas Bruni Celli (1). Me limitaré por tanto, a dos aspectos fundamentales: un breve bosquejo de su vida, con énfasis en la parte médica, que sirva para refrescar a los más jóvenes sus conocimientos de historia de la medicina (2) y en segundo lugar, señalar sus contribuciones a nuestra especialidad.

Nace en la Guaira el 10 de marzo de 1786. A los 20 años concluye sus estudios teológicos, pero resuelve no tomar las órdenes eclesiásticas y se decide por los estudios médicos, que finaliza en 1808, a los 22 años. Ejerce con éxito su profesión en Cumaná por dos años (1809-1811), donde también desempeña cargos públicos. Le toca por tanto, vivir la difícil etapa de la Declaración de la Independencia, durante la cual su desempeño es discutible. Pero su actuación médica ejemplar durante el devastador terremoto de 1812, que destruye casi totalmente el litoral central, le merece la gratitud de su lugar natal. Acepta los reconocimientos, pero rechaza los emolumentos que los acompañan. Este gesto se repetirá casi constantemente, durante su vida académica y política. Después de sufrir prisión, a fines de 1813, a los 28 años, cuando el país está en plena efervescencia de la guerra de emancipación, decide

Leído en la Maternidad "Concepción Palacios" el 12 de marzo de 1997.

irse a Edimburgo, Escocia, en búsqueda de conocimientos, porque en Venezuela tenemos “Demasiadas ceremonias. Para ser médicos tenemos demasiada liturgia y poca ciencia. Con latines y solemnidades, no se curan enfermos”. Y porque “Cada uno de nosotros ha de ir realizando a la patria en si mismo, paralela en sufrimiento y perfección”, como le hace decir Andrés Eloy Blanco en su biografía (3).

¡Hoy se pretende curar enfermos y mitigar el hambre del pueblo con clasecitas de autoestima y burdas imitaciones de los sagrados símbolos patrios!!

¡Cuanta razón tenía Vargas!, ¡Cuan vigente es!

Logra coronar sus propósitos, tal vez más allá de sus aspiraciones: es el primer venezolano en realizar estudios de posgrado en el exterior, primero en titularse Cirujano en el Colegio de Cirujanos de Londres. Cuando regresa a la Patria, en 1825, a los 39 años, con una ausencia de 12 años, 8 de ellos dedicados al ejercicio exitoso de la medicina, la cirugía y con importantes contribuciones al estudio de la botánica y mineralogía en Puerto Rico. Encuentra al país emancipado, pero con severos problemas sociales y económicos, derivados del esfuerzo bélico. La situación es de profunda crisis económica y social, semejante a lo que acontece actualmente y cuyos orígenes conocemos todos. Por esto su personalidad, su trayectoria y la de sus contemporáneos, debe servirnos de ejemplo para superar la situación actual.

Vargas es un hombre de porte elegante, de refinados modales, buen orador, políglota: domina además del español, latín, inglés y francés, sabe alemán e italiano y tiene conocimientos de griego y de música. Le gusta el baile, es amigo leal, con fino sentido del humor, católico practicante, pero partidario de la libertad de culto, como lo demuestra en su crítica al panfleto “La serpiente de Moisés” (4).

Al analizar su correspondencia particular, Bruni Celli (1) afirma que ésta nos muestra “... al hombre justo, ecuánime y bondadoso, a ratos violento y siempre delineándonos con claridad su inmensa condición humana”.

El 23 de enero de 1927 es el primer médico electo Rector de la Universidad de Venezuela. Al cabo del bienio de su mandato, la sana económicamente. Dedicó gran esfuerzo en estructurar la recién creada Facultad de Medicina de Caracas, en base a los progresos científicos de su tiempo. Pero la Facultad debía formar “hombres honrados antes que médicos sabios” (5), un reflejo de sus propias virtudes.

Creo que la obra de cada hombre suele ser espejo

de su personalidad.

No es de extrañar, que este hombre excepcional fuera arrastrado a la política, por los políticos, porque como dice Uslar Pietri... “Vargas no era político ni aspiró nunca a serlo...” (6). A pesar de ello, fue Diputado y Presidente del Congreso, donde se opuso al ostracismo del Padre de la Patria, y finalmente, contra sus propios deseos, fue el primer Presidente civil, por 14 meses, desempeñando esta máxima magistratura con probidad, justicia y gran dignidad. Cuando Pedro Carujo le insta a renunciar, porque representa la fuerza del Movimiento de las Reformas, le replica. “El mundo es del hombre justo y honrado” (7).

Si hemos de calificar a Vargas por sus atributos, además de sabio, tendríamos que reconocer su honradez y justicia, en los cuales su moral incorruptible lo hizo ser intransigente.

No todo en la vida de Vargas fueron éxitos y honores. Padeció infortunios, como la enfermedad y muerte de su esposa. Fue objeto de severas críticas por su larga ausencia, llegándose a tildarlo de poco patriota y hasta de extranjero. Padeció exilio. Tuvo discípulos que lo respetaron y amaron como Eliseo Acosta, que lo acompañó hasta sus últimos momentos y cumplió, con no poco sufrimiento, el deseo de su venerado maestro, amigo y protector, de practicarle la autopsia (7). Otros lo criticaron con dureza e injustamente. Por tanto, no fueron pocas las adversidades y sufrimientos que tuvo que superar. Con razón Andrés Eloy Blanco titula su biografía: “Vargas, El Albacea de la angustia” (3).

En 1850, cuatro años antes de su muerte en la ciudad de Nueva York, la Sociedad de Instrucción Médica de Caracas, haciéndose eco de la admiración y respeto que gobierno y pueblo le profesaban, le confiere por unanimidad el título de Padre de la Medicina (7).

El 10 de marzo de 1955, a los 101 años de otorgársele esta justa distinción, y como una reafirmación de la misma, la Asamblea de la Federación Médica Venezolana, a proposición del Dr. Angel Bajares Lanza, proclama por unanimidad su natalicio como Día del Médico.

Vargas a su vez, legó a la Universidad de Caracas, donde cumplió su apostolado de enseñar, la casi totalidad de sus posesiones terrenales (7).

¡Cómo retribuían aquellas sociedades a sus servidores!

¡Hoy se quiere relegar a quienes le han dedicado

lo mejor de su vida al servicio del país, a la degradación de paria; Se les escatima una pensión que les permita sobrevivir con dignidad!, !Se le niega todo mérito!!

¿Qué diría Vargas de la falta de seguridad social? ¿Qué pensaría de su gremio, que se vio obligado a decretar y acatar una Hora Cero?, ¿Cómo reaccionaría contra la corrupción? ¿Es éste el país que el soñó para nosotros?

Veamos ahora las contribuciones de Vargas a la Obstetricia (8).

Cursó dos años de Partería en Edimburgo, bajo la guía de los profesores Hamilton y Simpson.

Al regreso a Caracas empieza a enseñar Cirugía en 1832 y Obstetricia el año siguiente, puesto que ésta formaba parte de la primera. Su visión del obstetra de su época, la muestra en el Discurso Inaugural de la Cátedra de Cirugía (9):

“Acá, la desolada esposa en el acto sagrado de la maternidad, se bate en los tormentos y agonías de un parto laborioso; el apesarado esposo, los hijos, toda la familia, los circunstantes, todos forman un cuadro lastimero de amargas inquietudes, de sobresalto, de la más melancólica desesperación, llega un hábil sacerdote de Lucina y ayudando a la naturaleza o completando su función, cambia la escena de penas y ansiedades en una de satisfacción y júbilo”.

“¡Que dulces triunfos para un corazón benévolo! ¡Que hallazgos de contento y gloria para un profesor que recoge entonces el fruto de sus continuas tareas, de sus afanes y privaciones! Pero guardémonos bien de envanecernos; estos gozos son raros y sólo reservados a una asidua y arreglada consagración a nuestros deberes; con más frecuencia se nos ofrecen motivos de acerba mortificación. Y ¡cuán digno de lástima es el cirujano que tiene la desgracia de que el infortunio se impute con evidencia a su ignorancia o a sus errores!”

Una anotación al margen, en el libro “Elementos del Arte de Partear”, de Juan de Navas, que Bruni Celli (1) rescata para la posteridad, el Maestro se formula esta reflexión válida aún hoy: “Sacrificar casi con seguridad la vida de una madre, para salvar la de un monstruo que casi nunca vive, ni puede ser de utilidad alguna a la sociedad, es una moral que no entiendo”.

Introdujo en 1825, el fórceps y otros instrumentos para distocias, según sus discípulo Ramos (8). Se cree que era una variedad del fórceps de Smellie o de Levret.

Propuso el decúbito lateral y supino para el parto, en sustitución de las posturas de pie, sentado o de cuclillas.

En el listado de instrumentos legados a la Universidad, además de “Una caja de partos, usada”, sobre cuyo contenido no se menciona nada, hemos observado los siguientes rubros: “Una caja curva con nueve sondas de plata, entre ellas hay una de mujer” y “Un maniquí con dos muñecos”, que suponemos usaba para vaciado vesical y para las lecciones sobre el mecanismo del parto, y “Algunos instrumentos para la extirpación del cuello del útero”.

Enseñó a las comadronas empíricas que debían cortar el córdón umbilical con bisturí, en lugar de tijeras y envolver el muñón con venda empapada en aceite de palo, como procedimiento de prevención y erradicación del tétanos.

Se le atribuye haber empleado el cornezuelo de centro en la inercia uterina y en menometrorragias, un Tratado completo sobre Obstetricia y un Manual para parteras, con un apéndice sobre enfermedades de la mujer y los niños, ninguno de estos últimos se ha ubicado hasta la fecha. Se han localizado en cambio, algunas de sus historias clínicas, donde se muestra su meticulosa y precisa descripción de un caso de mioma pediculado y otro de fibromatosis uterina con folículo hemorrágico (9). Una excelente descripción de un caso de siameses y otro de hermafroditismo, que son las primeras referencias en nuestra literatura de estas patologías (7,10,11). En todas estas descripciones y publicaciones muestran un envidiable dominio del español.

Sabemos que la Nación agradecida ha erigido numerosos hospitales, gran número de escuelas, liceos e institutos a quien además de Padre de la Medicina, fue Director General de Instrucción Pública, gratuitamente, por 13 años, pero cabe preguntarnos: ¿Qué han hecho sus discípulos y los discípulos de sus discípulos, que son todas las generaciones de ginecobstetras que le siguieron? La respuesta no es difícil: así como él fue de los primeros en enseñar esta disciplina en Latinoamérica, ellos han logrado mantenerla en un sitio estelar, como lo demuestran la destacada actuación y el reconocimiento que tiene nuestra especialidad en todos los eventos dentro y fuera de nuestra región, respaldados por una bibliografía tocoginecológica y perinatológica que sobrepasa las cinco mil publicaciones, como lo demuestra Agüero, que realizó el tremendo esfuerzo de recopilar y ordenar tan ingente patrimonio (12,13).

Estoy persuadido que Vargas conocía bien la Biblia y debió leer muchas veces, las sabias palabras de Rey Salomón sobre el valor del hombre, y que tan bien lo definen:

“Más vale un buen nombre que el más fino aceite; y el día de la muerte más que el día del nacimiento” (14).

¡Gloria a Vargas y admiración a los que se atreven a seguir su ejemplo!

Señores, he dicho.

REFERENCIAS

1. Bruni Celli. José Vargas. Obras Completas. Caracas: Talleres Tipográficos “El Globo”; 1958.
2. Archila R. Historia de la Medicina. 1ª edición. Universidad de los Andes, Mérida: Ediciones del Rectorado, Talleres Gráficos Universitarios; 1966.
3. Blanco AE. Vargas, el albacea de la angustia. Caracas: Ediciones Ministerio de Educación Nacional, Imprenta Nacional; 1947.p.13 y 17.
4. Vargas J. Reflexiones imparciales acerca del folleto titulado La Serpiente de Moisés. En: Villanueva L. Biografía del Doctor José María Vargas. Facsimil de la Edic de 1883. Caracas: Ediciones del Rectorado de la Universidad Central de Venezuela; 1986.p.21-27.
5. Angulo-Arvelo LA. Resumen cronológico de la historia de la medicina en Venezuela. 2ª edición. Caracas: Ediciones OBE Universidad Central de Venezuela; 1979.p.44.
6. Usilar Pietri A. Cuéntame a Venezuela. Caracas: Editorial Lisbona S.A; 1981.p.164-167.
7. Villanueva L. Biografía del Doctor José María Vargas. Facsimil de la Edic de 1883. Caracas: Ediciones del Rectorado de la Universidad Central de Venezuela; 1986.
8. Gutiérrez Alfaro PA, Archila R. Contribución de José María Vargas a la Obstetricia Venezolana. Rev Obstet Ginecol Venez 1954;14:223-229.
9. Vargas J. Discurso inaugural en la apertura de la clase de Cirugía, 31 de octubre de 1832. En: Villanueva L, editor (6);p.245-247.
10. Agüero O. La Ginecología que practicaba el Dr. José María Vargas (1786-1854). Rev Obstet Ginecol Venez 1984;44:310-311.
11. Agüero O. Primeras publicaciones sobre endocrinología ginecológica venezolana. En: Terán Dávila J, Febres Ballestrini F, editores. Endocrinología ginecológica y reproducción humana. Caracas: Editorial Ateproca; 1955.p.1-4.
12. Agüero O. Publicaciones obstétrico-ginecológicas-perinatológicas venezolanas, Vol I (1828 a 1979), Caracas: Talleres Venegráfica; 1993.
13. Agüero O. Publicaciones obstétrico-ginecológicas-perinatológicas venezolanas. Vol II (1980-1990). Caracas: Editorial Ateproca; 1994.
14. Ecclesiastes 7-1. The Holly Scriptures, Chicago: The Menorah Press EE.UU.; 1960.p.667.

CARTAS A LA DIRECCIÓN

27 de octubre de 1996

Dr. Tulio Briceño Maaz

Mi querido y respetado amigo

Acabo de leer con el acostumbrado placer de siempre, el último número de la Gaceta Médica de Caracas (Volumen 104 - N° 3/ Julio-Setiembre de 1996), encontrando allí su interesante escrito titulado: “Donación de una hoja del árbol de Hipócrates por el Dr. Isaac J Pardo a la Academia Nacional de Medicina. Comentarios sobre este árbol y la isla de Cos”.

Los hechos que allí narra no me son desconocidos y hace muchos años realicé igual que usted, mi

peregrinación médica a la isla de Cos, me fotografié al lado del centenario plátano, y guardé como una reliquia una de sus hojas. El valor simbólico de ese árbol es bien conocido. Los guías turísticos tienen buen cuidado de contarnos con detalles cómo Hipócrates enseñaba la medicina a la sombra del frondoso árbol.

Sin embargo, una apreciación un tanto burlesca, aparecida en un calificado y popular libro francés reciente, precisamente refiriéndose a la ceremonia

de cómo se plantó en los jardines del Patio Vargas del Palacio de las Academias un hijo del árbol venerable, y de la imposibilidad biológica -a todas luces exacta- de que ese árbol existiese en tiempos de Hipócrates, me lleva a escribirle estas líneas sin otro propósito que llamar su atención acerca de la conveniencia de dejar bien sentado que los médicos venezolanos no vemos en ese frondoso, anciano y venerable árbol de la isla de Cos, sino un símbolo de lo que ocurrió en tiempos de Hipócrates, posiblemente a la sombra de un ascendiente o progenitor del plátano que allí existe en la actualidad, y que vetusto como debe ser, no puede tener sino varios cientos de años, y por lo tanto no puede ser el mismo árbol que allí probablemente estaba en los tiempos en que allí enseñaba a sus discípulos el Padre de la Medicina.

La referencia en cuestión aparece en las páginas 13 y 14 de la biografía de Hipócrates por el profesor Jacques Jouanna (1), una autoridad mundialmente conocida sobre esta materia (ha publicado cinco libros sobre diferentes temas hipocráticos, y es Profesor de Literatura y Civilización Griegas en La Sorbona, París, y Director de la Unidad de Investigación sobre la Medicina Griega en el Centro Nacional de Investigaciones Científicas), y dice lo siguiente:

“La trazas de Hipócrates en la isla de Cos

El turista que va a la isla de Cos a buscar las trazas de Hipócrates regresará con recuerdos ilusorios. Habrá visto al desembarcar sobre la encantadora ‘*Plateia Platanou*’, no lejos del imponente castillo de los Caballeros de Rodas, el enorme plátano sostenido por columnas antiguas, a la sombra del cual se gusta decir que Hipócrates se reunía con sus discípulos. Pero aun admitiendo que ese árbol venerable tuviese cinco siglos, como lo indica la “Guide Blue” sobre Grecia es aún mucho más joven que Hipócrates; más joven por veinte siglos. Esta diferencia importante no impide que sobreviva actualmente el mito, aun entre los médicos, por cuanto retoños de este árbol se han plantado con más o menos éxito en las tierras del Nuevo Mundo, durante el congreso de historia de la medicina, con la develación de una placa conmemorativa, notablemente en Venezuela”.

Efectivamente, la interpretación un tanto socarrona del escrito a que me refiero, me obligó a reflexionar un poco sobre la longevidad de las diferentes especies biológicas y es evidente que el árbol que el Dr. Isaac Pardo, usted y yo (y junto a

nosotros, muchísimos otros médicos) hemos visitado en Cos, no es en realidad el mismo bajo cuya sombra enseñaba el maestro de todos los médicos. Podría tratarse de un nieto distante del mismo. Por cuanto Hipócrates vivió entre los años 460 y 377 antes de Cristo, es completamente imposible que exista un árbol de esta especie que tenga esa longevidad de 2 400 años (o más, puesto que ya era un árbol frondoso y posiblemente centenario en vida del gran médico de todos los tiempos).

La vida y la muerte están inexorablemente ligadas la una a la otra. La longevidad es una característica propia de cada especie. Si estoy bien informado, la hediondilla, una zarza del desierto californiano es la especie de más larga duración y se calcula que vive un poco más de mil años. Hay árboles como el roble, la secuoya, el cedro del Líbano, o el drago “milenario” de Canarias, que pueden tener una vida de varias centurias. En el reino animal, entre los más longevos están las tortugas de mar, que duran hasta dos siglos y el hombre (entre 90 y 100 años; y el record reconocido lo tiene hasta ahora la Sra. Jeanne Calment que vive en el sur de Francia, con buena salud y 118 años a cuestas).

El valor “simbólico” de estos árboles famosos no debe por eso ponerse de lado. Valdría la pena tener preparados hijos del Samán de Güere, de la Ceiba de San Francisco, etc., para reemplazarlos por sus descendientes al terminar su ciclo vital, que es lo que sospecho sucedió con el famoso plátano de Cos. Así lo han hecho los vascos con el roble de Guernica, donde al lado del tronco seco y difunto del árbol original, tienen un descendiente que se venera con idéntico fervor. A su sombra les otorgó el rey de Castilla sus fueros al pueblo vasco, y de allí su hondo significado para todo ese admirable país.

Tal vez el doctor Blas Bruni Celli que conoce a fondo todo lo relacionado con Hipócrates pueda aclararnos la edad y genealogía del actual plátano de Cos.

Reciba un abrazo muy cordial de su affmo. amigo,

Francisco Kerdel Vegas

Embajador de Venezuela en Francia y ante la UNESCO

28 rue Galilée.

75116 París

France.

1. Jouanna J. Hippocrate. París: Fayard; 1992.